

TAFFY

Por **Cecilia Syme**

TAFFY era una perra de pastor cuyo propósito en la vida era pastorear ovejas. Esa había sido la ocupación de su madre. Los perros pastores saben cómo cuidar de las ovejas. Pero, por su color, Taffy no parecía un verdadero perro de pastor. Sus hermanos y hermanas de la misma camada, como también sus padres, eran de color negro y blanco. Pero el pelo de Taffy era de color dorado, parecido al de la miel derretida.

El hombre que la compró de cachorrita, no tenía ovejas. De modo que se propuso entrenarla para que cuidara de las vacas. Pero Taffy tenía sus propias ideas en cuanto a la forma de cuidar animales. Un perro de pastor ladra un poco para que las ovejas se pongan en movimiento;

luego corre delante de ellas para guiarlas. Pero ahora se esperaba que Taffy arreará las vacas corriendo detrás de ellas y mordiendo los talones. Pero ella se olvidaba de hacerlo y seguía su instinto. Corría adelante tratando de conducir las. Eso es peligroso, porque las vacas tienen cuernos y los usan para librarse de perros bullangueros y amenazantes.

Finalmente su dueño la dio a otro hombre. Este no tenía ni ovejas ni vacas. Su casa estaba rodeada por un hermoso parque cercado y Taffy se dedicó a ahuyentar a un ciervo que solía entrar en el parque. Para ello corría hacia él ladrando furiosamente, obligándolo así a saltar la cerca y alejarse.

Cierta día se puso a ladrar con tanta insistencia en un mismo lugar que su dueño salió para ver qué ocurría. Taffy había encontrado algo y lo estaba llevando a la casa. Con su hocico afilado empujó hacia el hombre un gatito blanco, flaco y sucio. El gatito estaba tan débil que apenas podía mantenerse de pie, pero Taffy siguió empujándolo suavemente hasta que ambos llegaron a la puerta.

Pocos días después el gato, limpio y bien alimentado, encontró en Taffy una buena compañera de juegos. Si Taffy se volvía muy ruda, el gatito se trepaba a un árbol y descansaba un momento.

Cierta día en que Taffy fue un poco brusca, el gato se trepó a un árbol que tenía una rama que colgaba casi hasta el suelo. Taffy se trepó también a esa rama en persecución del gatito. Este se trepó a una rama más alta y desde allí se inclinó y acarició con la zarpa el hocico de Taffy.

Y así siguieron jugando durante meses como buenos amigos. En eso se mudaron a la casa de al lado unos vecinos nuevos. Trajeron con ellos dos gatos que despertaron el interés de Taffy. De modo que ésta pasó al patio de al lado; pero no tardó mucho en regresar ladrando y agitando la cola.

Esos gatos diferían mucho del compañerito que ella tenía en su casa. Tenían ojos azules y voces diferentes. Escupían, bufaban y maullaban y luego corrían a esconderse debajo de un carro estacionado en el patio. Eso pareció confundir a Taffy.

La próxima vez cuando Taffy trató de mostrar su amistad, el gato de color castaño del vecino se subió a un árbol. Pensó que allí estaría a salvo, pero se sorprendió terriblemente cuando Taffy lo siguió. Se trepó entonces a una rama más alta. Taffy no siguió trepando pero continuó ladrando. Cuando el gato vio que Taffy no podría alcanzarlo, maulló y gritó como sólo saben hacerlo los gatos siameses. Su compañera corrió entonces a la casa tan excitada que la dueña salió para ver qué ocurría. Cuando vio a Taffy trepada al árbol, la señora se rió con todas las ganas. Taffy descendió del árbol y ofreció su amistad a su nueva vecina.

La gata regresó a la escena por entre los arbustos, y luego se trepó a la rama baja del árbol. Su dueña la acarició y la palmoteó como también a Taffy y les habló suavemente, tratando de amistarlas. Taffy se sentó muy feliz y tranquila y con su cola barría las piedrecitas que había al pie del árbol y las iba acomodando en dos montones. Pero el gato que estaba en la copa del árbol seguía manifestando su desagrado hacia Taffy. Eso mantenía muy nerviosa a su compañera. Finalmente ésta se tranquilizó y bajó la cola. De manera que su dueña dio por hecha la amistad. Pero de pronto la gata le saltó a la cara a Taffy mordiendo, arañando y maullando. Taffy aulló y echó a correr. El gato que estaba en la copa del



árbol descendió entonces y se unió a la bulla y la pelea. Y los dos persiguieron a la pobre Taffy hasta sacarla del patio. La vecina la llamó y trató de consolarla y mostrarle su amistad, pero Taffy se sintió tan contrariada que se fue derecho a la casa con la cola entre las patas.

Desde ese momento se quedó en su patio y jugó sólo con el gato que era su amigo. Cada vez que los otros dos gatos del vecino salían de la casa, Taffy se sentaba silenciosamente y los observaba. Parecía sentirse perpleja y preguntarse: "¿Por qué no querrán ser mis amigos?"

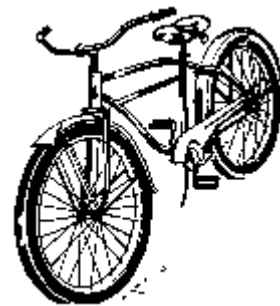
TAN VALIOSA COMO EL ORO

Por **Bertha Crow**

REALMENTE ¿no quieres deshacer el negocio? -preguntó Samuel, admirando la brillante pintura de la bicicleta de Carlos-. Porque si tú te arrepientes, para mi está bien.

-Oh, no, no voy a volverme atrás -le aseguró Carlos-. Me voy a quedar con la tuya.

Carlos se subió a su nuevo tesoro para probarlo. Hacía mucho ruido porque no tenía gomas. Y aun cuando pedaleara con todas sus fuerzas y se agachara sobre el manubrio, no corría muy rápido. De repente se le ocurrió que, después de todo, ese negocio que había hecho, de cambiar bicicletas, no era un negocio tan brillante que digamos. Le había prometido a Samuel que no se volvería atrás, pero ganas tenía de hacerlo. Y lo que más lo preocupaba era lo que diría la mamá. Ni siquiera quería pensarlo. Llegó pedaleando en la nueva bicicleta hasta el porche y la apoyó en uno de los pilares. Entró en la casa, pero sin apuro. No sabía qué hacer.



-Déjame que yo haga esto -se ofreció, tomándole a su madre el repasador de las manos, dispuesto a secarle la loza.

-Gracias, Carlos -le dijo ella, complacida, pero también un poco sorprendida-. Ahora puedo comenzar a planchar.

Carlos pronto terminó de secar los platos. Pero ni aun entonces salió a jugar como solía hacerlo. Tomando una silla se sentó tan cerca de su madre, que estaba planchando, como pudo.

-¿Estás segura que no hay nada más que puedo hacer? -preguntó final mente, no pudiendo quedarse callado por más tiempo.

-Nada más, Carlos. Este planchado es lo único que tenía planeado hacer para esta tarde -respondió la madre. Miró con atención al niño, y se dio cuenta de que algo andaba mal. En lugar de su habitual alegre sonrisa, tenía una expresión de preocupación.

Entonces le preguntó:

-¿Quieres decirme algo?

Carlos estaba tan concentrado en sus pensamientos, que la voz de su madre lo asustó y le hizo dar un salto. Había llegado el momento de contárselo. ¿Qué iba a decir la mamá? ¿Lo regañaría? De repente se le iluminó el rostro. Tal vez le diría que podía deshacer el trato que había hecho con la bicicleta.

-Yo... -tartamudeó él sin poder encontrar las palabras adecuadas-. Mamá, hice cambio de bicicletas con Samuel.

¡Al fin! Ahora se sentía mejor.

- ¡Carlos! -No la habrás cambiado por ésa en que Samuel andaba! ¡Esa que no tenía gomas! -comentó asombrada la madre-. ¿Pero para qué quieres ésa? La tuya era una bicicleta en perfectas condiciones, y la de Samuel es un cascajo.

-Yo sé, mamá. Pero ésta tiene tres velocidades y la mía no. Yo puedo ponerle cubiertas, ¿no es cierto? -dijo Carlos esperanzado, mirando a su madre.

-Temo que no querido -le respondió la madre-. Probablemente las llantas ya están arruinadas. A lo

menos debieras haber pedido permiso. Pero, ya que no lo hiciste, espero que disfrutes andando en ella.

Carlos no le dijo a la madre que andar en esa bicicleta era casi imposible.

-¿Y no puedo deshacer el trato? -preguntó muy afligido.

-No sería correcto -respondió la madre-, y las esperanzas de Carlos decayeron. Le parecía como si él mismo se hubiera cambiado por una bicicleta. Se le hizo un nudo en la garganta.

-Deshacer el trato no sería justo para Samuel -continuó la madre-. Además, él no volvería a confiar en ti. Pensaría que no cumples con tus promesas -explicó la madre, y notó que una lágrima se deslizaba por las mejillas de su hijo-. Hace tiempo que Samuel andaba en ese cascajo. El merece una bicicleta mejor. A ti no te hará daño usarla por un tiempo.

Carlos salió lentamente. En la calle vio a Samuel que andaba muy feliz en la bicicleta que había sido suya. Carlos, a su vez, salió andando a duras penas con su bicicleta "nueva"

-Samuel debería ofrecermela de vuelta mi bicicleta. El sabía que la suya no era buena. De cualquier manera esa bicicleta todavía es mía. Yo debiera exigir que él me la devuelva -murmuró Carlos para sí. Pero luego recordó que él también sabía que la bicicleta de Samuel no era buena. Y así siguió luchando consigo mismo hasta que finalmente se dio cuenta de que nadie tenía la culpa de eso, sino él.

-Seguramente que no querrás deshacer el trato -le gritó Samuel. Eso era precisamente lo que Carlos quería, ¡oh, cuánto lo deseaba!, pero por nada del mundo se lo haría saber a Samuel. Al fin y al cabo lo había hecho feliz a su amigo.

-Un trato es un trato -le respondió Carlos tan alegremente como pudo.

-Muchacho, tu palabra es tan valiosa como el oro -le respondió Samuel, deteniéndose al lado de su amigo-. Yo pensé que seguramente te ibas a arrepentir.

Después de oír esas palabras, Carlos se sintió más aliviado, e hizo lo mejor que pudo con lo que tenía. A medida que pasaban los días se sentía bastante contento.

Varias semanas más tarde, tres semanas y cinco días, para ser exacto, la sorpresa de cumpleaños que recibió fue una bicicleta nuevita... de tres velocidades. ¡Carlos se sentía muy feliz! Se alegró de haber cumplido con su palabra. Si no lo hubiera hecho, no hubiera recibido esa bicicleta nuevita para su cumpleaños.

"La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos" (Elena G. de White, "La educación", pág. 54).

TIEMPO DE FLORECER

Si quieres saber qué hora es, sal afuera y observa algunas flores. Eso es lo que Carlos Linneo, un naturalista del siglo XVIII, descubrió mientras recorría Suecia coleccionando y observando diferentes tipos de plantas. Una mañana de verano, se despertó temprano para salir y observar un par de especies de flores silvestres. Notó que a las 6:30 de la mañana las flores de la “Barba de halcón” se habían abierto completamente, mientras que las flores de una planta parecida al “Diente de león” no se habían abierto todavía, y no lo harían durante media hora más.

Linneo creía que podía decir la hora tan solamente con mirar una cantidad de flores, así que comenzó a registrar el momento en que las flores se abrían durante el día. La más madrugadora de su jardín era la “Barba de cabra”, una flor que se abría a las 3 de la mañana. La “Achicoria silvestre” se abría una hora más tarde. Otras plantas florecían a lo largo de la mañana hasta las 11 era cuando la última planta, la “Escarchada”, abría sus pétalos.

Linneo también observó que las flores se cerraban a horas específicas. Por ejemplo, la “Oreja de ratón” cerraba sus pétalos a las 10 de la mañana, pero la “Flor de un día” florecía hasta las 8 de la noche. Los científicos, hoy en día, denominan a este fenómeno foto periodicidad: flores que se abren y se cierran respondiendo a la cantidad de luz diurna. Quizá quieras registrar los horarios de las flores de tu jardín algún día.

Las flores y la foto periodicidad nos dan una señal de que Dios, el Creador, tiene un maravilloso sentido de la coordinación del tiempo. Él hace las cosas de acuerdo con su perfecta línea de tiempo. Por ejemplo, la Biblia dice que “cuando se cumplió A plazo, Dios envió a su Hijo”, y que “Dios a su debido tiempo hará que su segunda venida se cumpla”.

Así que, cada vez que veas una flor, recuerda que puedes confiar en los tiempos de Dios. Él tiene todo bajo control y llevará a cabo las cosas cuando sea el momento correcto.

Por Helen Lee Robinson

TIEMPO PARA CALLAR

Por *Elena Welch*

RODOLFO iba tarareando una melodía cuando entró en la casa para buscar su tambor de juguete. Era una hermosa tarde estival, y la madre le había dado permiso para ir a la casa de al lado a jugar con su amigo Santiago.

Daniel, el muchachito que vivía en la casa que estaba al otro lado de la casa de Rodolfo, estaría allí también. Los tres muchachos se divertían mucho jugando juntos. No obstante, Rodolfo a veces pensaba que él y Santiago habrían podido divertirse mucho más si Daniel no hubiera jugado con ellos tan a menudo.



Rodolfo iba pensando en Daniel mientras se dirigía a la casa de Santiago. A él le gustaba Daniel, pero éste no siempre era honrado en el juego. Y a veces no decía la verdad.

La semana anterior, en una ocasión en que Rodolfo y Santiago estaban jugando a la payana, la pelota de la payana, salió del camino y rodó pasando junto a los pies de Daniel. Rodolfo estaba seguro de que Daniel había visto dónde había ido la pelota, pero éste no dijo ni una palabra hasta que Rodolfo la levantó y se la dio a Santiago. Rodolfo sintió deseos de decirle a Santiago que él pensaba que Daniel sabía dónde estaba la pelota. Pero no se lo dijo.

"Si hoy Daniel hace algo que no debe, se lo diré a Santiago", se propuso Rodolfo al entrar al patio de su amigo.

Santiago levantó la vista del camioncito rojo con el cual estaba jugando.

-¡Hola! -lo saludó-. Ven a manejar mí nuevo camión.

Rodolfo no necesitó una segunda invitación para hacerlo.

-¡Qué hermoso camión! -exclamó-. ¿Cuándo lo conseguiste?

-Ayer -respondió Santiago-. Mí abuelito me lo trajo. El no podrá estar aquí para mi cumpleaños que es la semana que viene, de modo que me dio un regalo por adelantado.

-¡Oh! ¡Ojalá que mí abuelito me diera un regalo por adelantado tan lindo como éste! -dijo Rodolfo en el momento en que Daniel entraba en el patio. Daniel se quedó observando cómo Rodolfo empujaba el nuevo camión.

-¿Puedo jugar con él? -preguntó Daniel.

-Por supuesto -respondió Santiago. Tan pronto como Rodolfo termine.

Los muchachos se turnaron para jugar con el camión. Luego jugaron con el tambor de Rodolfo. Fue en el momento en que Santiago estaba tocando el tambor de Rodolfo cuando éste vio que Daniel, al retroceder, pisó el camión de Santiago.

Rodolfo notó que Daniel se dio cuenta de que él había pisado el camión, porque Daniel miró hacía abajo y rápidamente retiró el pie. Pero unos minutos más tarde, cuando Santiago vio que su camión tenía el guardabarros abollado, Daniel no dijo nada.

Rodolfo estaba a punto de contarle a Santiago lo que había ocurrido, pero en eso la madre lo llamó

desde el porche. El muchacho acudió inmediatamente para ver lo que ella quería.

-Sólo quería hablarte -le dijo la madre en voz baja-. He estado viéndolos jugar. Vi cuando Daniel pisó el camión de Santiago y noté cuando estuviste a punto de decirle a Santiago lo que había ocurrido.

Rodolfo abrió tamaños ojos.

-¿No debo hacerlo, mamá? Daniel continuamente le arruina los juguetes a Santiago. ¿No crees tú que Santiago debiera saberlo?

-Tal vez -estuvo de acuerdo la madre-. Pero no estoy convencida de que tú debes ser quien se lo diga. Tú sabes que la Biblia nos dice que hay tiempo de hablar y tiempo de callar. Yo creo que este es un tiempo de callar en cuanto a lo que Daniel hace. Me parece que Daniel debe ser el que le diga a Santiago que él le abolló su nuevo camión.

Durante todo el tiempo en que la madre hablaba, Santiago sacudía negativamente la cabeza.

-¡Daniel no se lo va a decir a Santiago! -protestó-. Ya son varias las veces que he esperado que lo haga, pero no lo ha hecho.

La madre rodeó con su brazo a Rodolfo.

-Creo que debe haber una forma en que puedas ayudarlo a que él quiera decir lo que hace. Me gustaría que aprendieras una oración que yo usaba cuando era una niña.

Rodolfo estaba intrigado ¿Por qué quería su madre que aprendiera él ahora una oración? Pero luego que ella le dijo algo, él entendió inmediatamente.

Rodolfo estaba realmente excitado cuando fue al día siguiente a jugar con Santiago. Daniel ya estaba allí, y Santiago había sacado de la caja su juego de la payana.

Rodolfo suspiró hondo y pensó en la oración que su madre le había enseñado.

-Hagamos una pequeña oración antes de jugar -sugirió.

El rostro de Santiago se iluminó.

-¡Oh, si, es una buena idea! -dijo e inclinó la cabeza.

Lentamente Rodolfo repitió la oración que había aprendido:

"Querido Jesús, cuídanos mientras jugamos
y lleva cuenta de todo lo que hablamos.
Siendo que todo lo que hacemos puedes verlo,
ayúdanos a verlo también, y a no esconderlo".

-¡Oh, a mí me gusta esa oración! -exclamó Santiago.

Daniel no hizo ningún comentario. Durante un momento no dijo absolutamente nada. Luego miró a Santiago y éste notó que Daniel tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Santiago -dijo con voz entrecortada-, ayer yo te abollé el paragolpes del camión, y la semana pasada yo vi dónde estaba la pelota que se les había perdido. He hecho muchas cosas malas, y nunca se las he dicho a Uds. La oración de Rodolfo me ha hecho pensar que Jesús me observa y sabe todo lo que yo he hecho aunque Uds. no lo sepan. Perdóname que te abollé el camión.

-Está bien -lo consoló Santiago-. Yo vi cuando lo pisaste. Pero me alegro de que me lo dijiste ahora.

¡Cuán sorprendido estaba Rodolfo! Y realmente se alegró de que la madre lo hubiera llamado el día anterior. Ahora se dio cuenta de que Santiago no hubiera querido que él le dijera nada.

"Trataré de recordar que hay ocasiones cuando Jesús quiere que guarde silencio -pensó par sí-. No hablaré cuando no deba".

TIEMPO PARA CONTAR...

Por *Vinnie Ruffo*

TITO entró corriendo en la cocina.

-¡Mamá! David me empujó y me sacó de la hamaca. A él le toca siempre. Tú le dijiste que nos turnáramos, pero él no lo hace. Tito esperó que la madre dijera algo pero ésta guardó silencio. En cambio, siguió con su trabajo, amasando el pan en la artesa.

Tito continuó:

-Además, tú le dijiste que no fuera al arroyo, y esta mañana él fue-. Tito estudió el rostro de la madre. Ella parecía no sentirse del todo feliz.

El arroyo que pasaba cerca de la casa había crecido, y la madre les había advertido a los niños que era peligroso jugar cerca del agua.

-Tito, ¿estás seguro de que David fue al arroyo -preguntó la mamá. Pero antes de que Tito contestara, David entró corriendo en la casa.

-Mamá, ¿puedo ir a la casa de Arnoldo para jugar con él? Me prometió que hoy podía andar en su poney.

La madre miró a David, pero comenzó a formar un pan. Luego preguntó:

-David, ¿fuieste esta mañana al arroyo?

-¿Al arroyo? No, mamá. Lassie corrió a un conejo en esa dirección, y yo fui detrás de ella para hacerla volver. Pero nunca me acerqué al arroyo -aseguró, y volviéndose hacia Tito, añadió-: Me imagino que el cuentero de Tito ha venido otra vez con cuentos.

-El también fue. Lo vi ir en esa dirección -insistió Tito.

-Muy bien, David. Deja ahora de poner motes y vengan aquí, los dos.

La madre cubrió los moldes con un repasador limpio y se sentó.

-Vamos a conversar ahora mismo acerca de ese asunto de llevar cuentos.

Me apena tener que escuchar a mis muchachos trayéndome cuentos el uno del otro acerca de cualquier cosita. ¿Se dan cuenta Uds. por qué vienen siempre con cuentos?

-Mamá, yo tengo que decirte cuando él desobedece, -saltó Tito.

-Y después que me lo dices, esperas que yo castigue a David por lo que ha hecho y que te mime a ti por haberme traído el informe. ¿No es así? -preguntó la mamá.

Tito pareció sentirse un poco perplejo. David, que era mayor, bajó los ojos y luego, volviéndose a su hermano dijo:

-Es cierto, Tito; tú quieres que mamá me castigue. Tú quieres sentirte importante.

-La misma cosa se aplica a ti, David, cuando traes cuentos de Tito -observó la madre-. Bueno, muchachos, tal vez Uds. no se dan cuenta de que, hay tiempo "para contar y tiempo para no contar".

-¿Qué quieres decir, mamá? -quiso saber David.

-Suponte ahora que Tito no puede esperar hasta que le toque el turno de hamacarse. ¿Crees tú que eso es importante como para venir corriendo a decírmelo? -preguntó. Tito no dijo nada.

-Pero suponte que Tito desobedece y va realmente al arroyo y entra en el agua. David, ¿crees tú que debieras contarme eso?

A David le brillaron los ojos.

-Creo que estoy empezando a entender, mamá. Algunas cosas son importantes y debieran contarse, y otras no lo son y no debieran mencionarse.

-Estás comprendiendo, David. ¿Y tú, Tito? ¿Entiendes? -le preguntó la madre poniéndole la mano en el hombro. Tito asintió con la cabeza.

-Juguemos ahora un poco al juego de "contar o no contar" -sugirió la madre-. Yo haré las preguntas y Uds. me darán las respuestas.

Los muchachos quedaron encantados porque les gustaba jugar.

-Muy bien, aquí está la primera. La hermanita sube al triciclo y sale rumbo a la calle. ¿Debieran



decírmelo?

-¡Sí! -respondieron bien fuerte los dos muchachos.

-¿Por qué? -preguntó la mamá.

-Porque está en peligro -se apresuró a responder David.

-¡Muy bien! -aprobó la madre.

-David sin querer golpea la torre de bloques y la derriba. Tito, ¿deberías contármelo? Tito se rió.

-Creo que no, mamá. Eso sería traer un cuento, ¿no es cierto?

-Bueno, eso no sería algo importante para que yo lo supiera, ¿no es así? -sonrió la madre.

-David se hamaca dos veces seguidas. ¿Deberías traerme ese informe, Tito?

-Nuevamente Tito se rió.

-No, creo que no, mamá. Eso no es realmente muy importante.

La madre parecía sentirse feliz.

-Creo que ahora Uds. tienen la debida idea. De aquí en adelante, antes de venir a traerme un informe, ¿qué deben preguntarse primero?

-Me preguntaré, ¿es importante? -dijo David.

-Yo recordaré nuestro juego, "contar o no contar" -añadió Tito.

La madre sonrió.

-Prepárense ahora para el almuerzo. Tendremos la torta de fresas que les prometí esta mañana.

TIEMPO TORMENTOSO

El barco se sacudía violentamente de aquí para allá, mientras olas gigantescas golpeaban contra sus costados. Cajas y cajones se deslizaban de un lado a otro, pegando contra las paredes y despertando a los pasajeros que aún dormían. Muchos de ellos ahora se acurrucaban en sus cabinas, oyendo la lluvia torrencial que aporreaba la cubierta más arriba y deseando estar de vuelta en sus hogares, en Inglaterra. El ruido despertó a la hija del capitán, quien lentamente se sentó, restregándose los ojos. El barco dio un bandazo repentino, y los truenos rugieron en lo alto. Los ojos de la niña se abrieron grandes.

-¿Qué pasa? -preguntó-. ¿Estamos en peligro?

-Estamos en medio de una tormenta muy grande -le respondió alguien-. Podría volverse bastante peligroso.

-¿Está papá en el puente? -quiso saber la pequeña.

Cuando alguien le contestó que sí, la niña se relajó y se acostó nuevamente.

-Voy a dormir de nuevo -dijo, sin temer a la tormenta que rugía a su alrededor.

La niña sabía que su padre, el capitán del barco, estaba en el control de la situación. Confiando en él, ella podía volver a dormirse en quietud.

Algunos momentos, puedes enfrentar situaciones difíciles y peligrosas, pero puedes estar seguro de que tu Padre celestial está contigo y en el control de la situación. Puedes confiar en él en todo momento.

Entonces, puedes decir: "En paz me acuesto y me duermo, porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado".

Por Helen Lee Robinson

"TIERNO Y AMANTE, JESUS NOS INVITA"

Cierta vez se descompuso la máquina de un tren que atravesaba las montañas de Tennessee, y los pasajeros quedaron detenidos en un hotelito de campo mientras se hacía la reparación. Una señorita y un joven que se encontraban entre los pasajeros entraron juntos en el vestíbulo del hotel. En un rincón de la sala se encontraba un piano antiguo. La única otra persona que ocupaba la pieza era una anciana que evidentemente vivía allí. Afuera estaba oscuro y llovía, pero esto parecía no perturbar a un grupo de haraganes que estaban allí fumando junto a una ventana. Para pasar el tiempo, la señorita se sentó al piano y comenzó a tocar algunos cantos. Se le acercó luego la anciana y le dijo:

"Yo había estado pensando, querida, que si pudieras cantar algún himno antiguo sería muy bueno. ¡Quién sabe si ello no ayudaría a algunos de esos pobres muchachos allá afuera! Lo más probable es que estén alejados de sus hogares, y que escuchen muy poco de la buena música, de la música del Señor".

Después de vacilar, la joven consistió y, junto con su acompañante, cantó un himno. La anciana escuchó con evidente complacencia. Los hombres que estaban afuera dejaron sus pipas y suspendieron la conversación. Entonces la joven cantó sola el himno "Tierno y amante, Jesús nos invita".

(Una señorita puede cantar el himno.)

Al terminar de cantarlo, un joven de los que estaban afuera se enjugó una lágrima. Precisamente entonces se anunció que se había reparado la máquina del tren, y que los pasajeros podían subir en él.

Varios años más tarde, el joven que se había unido a la señorita para cantar se encontró en un grupo de personas que escuchaban a un evangelista. Este cantó el mismo himno que la señorita de esta historia había entonado en el hotel. Cuando el evangelista terminó, dijo a sus oyentes: "Recuerdo muy bien la primera vez que oí cantar este himno. Me encontraba del lado de afuera de un hotelito ubicado en las montañas de Tennessee, por donde yo había andado malgastando mi juventud como un verdadero hijo pródigo. Una tarde unas pocas personas quedaron detenidas porque el tren en que viajaban se descompuso. Algunas entraron al hotelito y una voz de mujer que nunca podré olvidar, cantó este hermoso himno. Dondequiera que iba en los días siguientes siempre me parecía escuchar su voz al entonar estas palabras: '¡Venid, venid; tristes, cansados, venid! y aquello, para mi vida errante por lo menos, fue el fin'".

Entonces se adelantó el asombrado hombre que se hallaba en su público y contó el resto de su historia. Se refirió al pedido de la anciana de que cantaran un himno en la esperanza de que con ello se beneficiarían algunos de los muchachos que estaban afuera. Nadie puede calcular con exactitud el poder de un himno.

TITÁN, EL HÉROE

Por *Ella Elkins*

LOS tres niños de la familia Monte estaban sentados en los escalones del frente de la casa. Margarita rodeaba con su brazo al perrito color castaño. Santiago acariciaba la cabeza del perro con una mano, mientras que con la otra sostenía su mentón. Luisita se secaba una lágrima.

-El es el mejor perrito del mundo - declaró Luisita.

-Ya lo sabemos, Luisa -murmuró Santiago-. ¿Pero cómo haremos para que los demás también lo crean?

-Yo sé que Titán no hará daño a nadie. Ladra mucho, pero no muerde. Yo no entiendo por qué el cartero tiene tanto miedo de un perrito -dijo Margarita abrazando a Titán.

-¿Sabes lo que pasa?

Los niños se volvieron para mirar a la madre que había aparecido en la puerta.

-Los ladridos de Titán parecen muy feroces -continuó diciendo la mamá, y nadie quiere arriesgarse a ser mordido. Titán siempre ha recibido al cartero ladrando furiosamente, como si fuera a morderlo. Yo no sé por qué le ha dado por molestar al cartero; pero Uds. bien saben lo que él ha dicho. "O se deshacen del perro o me niego a traer la correspondencia a la casa".

-Pero, mamá -protestó Santiago-, probemos otra vez.

-¿Y cómo, hijo? Lo hemos castigado, lo hemos regañado, y atado, y ¿qué hace?

-Corta la sogá con los dientes y sale a ladrar al cartero -respondió Luisita con voz desfalleciente.

-Esta noche cuando papá regrese del trabajo, llevaremos a Titán a la granja de los Benítez. Los Benítez lo tratarán bien, y una granja es un buen lugar para un perro. Allí él puede correr y ladrar a sus anchas. Esa tardecita los niños llamaron a Titán para que entrara en el automóvil. A él siempre le encantaba ir a pasear con la familia. Saltó

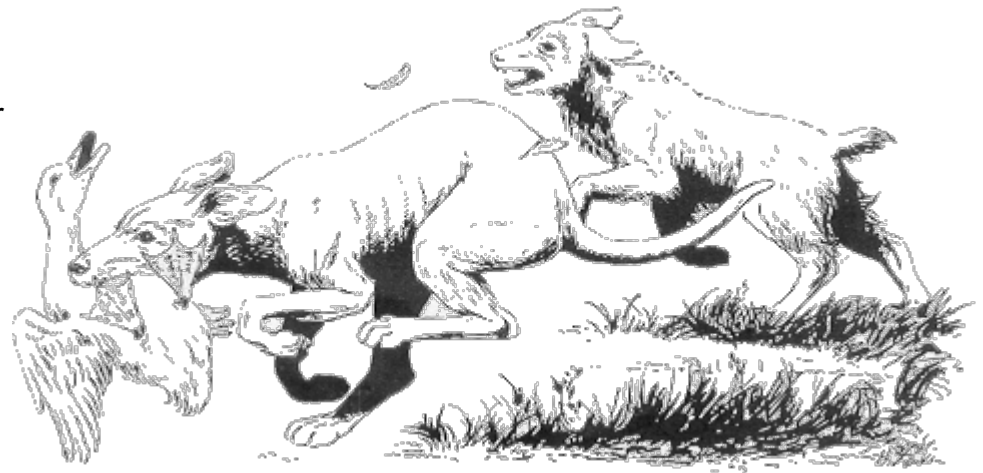
arriba, lamió a cada uno de los niños y meneó el pedacito de cola que tenía para mostrar cuán contento estaba, pero los niños no se sentían tan felices como él. En todo el camino a la granja, nadie habló una palabra.

Cuando llegaron allí, Luisita no descendió del automóvil; había demasiadas lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Pero Titán saltó afuera tan pronto como se abrió la puerta del automóvil. Corría y ladraba, meneando la cola, con sus orejas flotando al viento. Pareció no importarle cuando la familia Monte subió de nuevo al automóvil y lo dejó con los Benítez.

Titán se hizo amigo de los niños de la familia Benítez y de los animales de la granja. Cuando quiera que Margarita, Santiago y Luisa volvían a la granja, les daba una bienvenida especial, pero parecía sentirse muy en casa donde estaba.

Un día, un perro forastero llegó a la granja. El recién llegado no notó la presencia de Titán, que dormía cerca de los escalones de entrada a la casa, ni tampoco Titán notó la presencia del forastero hasta que se oyeron unos graznidos del lado del galpón.

"¡Quack! ¡Awk! ¡Quack!" Titán levantó la cabeza y vio a Nancy, la pata mansita, que corría por el patio, seguida por el perro extraño. Titán se puso de pie de un salto, y salió como un rayo en persecución del



otro perro. Pero el perro tomó a Nancy en sus fauces y corrió más rápido que nunca.

"¡Guau-guau-guau! ¡Grr-rr! ¡Guau-guau-guau!" Titán ladraba y refunfuñaba como diciendo: "¡Déjala, o ya verás!"

No obstante, el perro extraño corría cada vez más rápido. Pero Titán conocía algunos trucos. Tomando por un atajo, alcanzó al perro.

La Sra. Benítez oyó la algarabía y corrió al patio para ver qué pasaba. Entonces advirtió que Titán saltaba sobre el otro perro y lo mordía. Dando un aullido, el perro dejó caer a Nancy y se volvió para pelear con Titán. En ese instante Titán arrebató a la pata y la tiró sobre un seto de arbustos, entre los cuales cayó: luego viró hacia el otro perro y pronto lo alejó de la escena, haciéndole proferir fuertes aullidos.

La Sra. Benítez se apresuró a ir en rescate de la pobre Nancy, a quien le latía muy fuerte el corazón, y jadeaba. Pero al revisarla cuidadosamente, descubrió que no estaba seriamente lastimada. Sólo una pequeña herida en un ala y unas pocas marcas de los dientes del perro, que no tardarían en sanar.

-¡Tú eres un buen perro! -dijo la Sra. Benítez, acariciando a Titán-. Espera hasta que se lo cuente a los chicos de Monte. Eres un verdadero héroe.

Tan pronto como la Sra. Benítez se pudo comunicar por teléfono con la Sra. Monte, Margarita, Santiago y Luisita se enteraron de la aventura de Titán.

-Nosotros esperábamos tanto como eso -sonrió Santiago.

-Por supuesto, Titán es el mejor perro del mundo -añadió Luisita.

-Y además, un verdadero héroe -declaró Margarita.

TIYES ENCUENTRA UN CAMINO

Por **ENID SPARKS**

TIYES estaba sentado cerca de la puerta de la iglesita de bambú en una aldea de la India. Escuchaba atentamente la música del armonio. Era su himno favorito. Luego comenzó a tararearlo. El misionero Peal oyó al muchacho y sonrió. "Qué hermosa voz tiene -pensó sacudiendo la cabeza-. Es una desgracia que no pueda ver".

Pronto el misionero Peal comenzó su sermón. Tiyes prestó atención a cada palabra del misionero. Deseaba de todo corazón saber más acerca de Jesús y del gran Padre que está en el cielo.

"Si yo pudiera ir a la escuela de la misión. -se dijo

Tiyes-. Allí podría escuchar acerca de Jesús todos los días. Quizás hoy el misionero Peal va a preguntar si hay muchachos que quieren ir a la escuela de la misión".

¡Tiyes tenía razón! Después del sermón, el misionero Peal extendió una invitación a los muchachos que quisieran asistir a su escuela.

Rápidamente Tiyes levantó la mano.

-Yo quiero ir -rogó.

El misionero Peal lo miró bondadosamente.

-Ojalá te fuera posible ir a la escuela, Tiyes; pero como no puedes ver no tengo forma de enseñarte. No tengo ningún libro en el sistema Braille.

Tiyes trató de contener las lágrimas. No sabía lo que eran los libros en Braille, pero entendió lo que quiso decir el misionero Peal. El no podría ir a la escuela.

El misionero Peal comprendió cuán chasqueado se sentía Tiyes. Hubiera querido ayudarlo. Mientras conversaba con los demás muchachos pensaba en Tiyes. Finalmente, cuando el misionero se despedía, miró a su alrededor buscando a Tiyes, el muchacho ciego, pues quería despedirse de él, pero no lo vio por ninguna parte.

-¿Dónde está Tiyes? -preguntó a varios de los otros muchachos.

Todos sacudieron la cabeza.

-No lo hemos visto -respondieron. El misionero se apenó porque no pudo despedirse de su amiguito.

Elevó una oración a Dios pidiendo que bendijera a los muchachos, y luego entró en el automóvil. Durante todo el camino de regreso a la misión, pensó en Tiyes.

Y seguía pensando en él cuando comenzó a descargar los libros y el equipaje del carro. De repente vio que algo salía gateando de debajo de una bolsa de dormir.

-¡Por favor, permítame quedar! -rogó el muchacho ciego-. Yo trabajaré, y me quedaré bien callado en la clase. No molestaré a nadie.

El misionero lo miró sonriendo.

-Yo sé que no vas a molestar a nadie. Tiyes ;Cómo hiciste para encontrar mi auto? ¿Y cómo se te ocurrió esconderte adentro?

-Yo le pedí a Jesús que me ayudara a venir a la escuela de la misión -respondió Tiyes-. Salí de la iglesia y empecé a caminar por el sendero. De repente extendí la mano y allí estaba su carro. Me metí adentro y esperé a que Ud. viniera. Por favor no me lleve de vuelta.

El misionero le puso la mano sobre el hombro.

-No te llevaré de vuelta -dijo-. Creo que Jesús respondió tu oración y te ayudó a venir a la escuela. De alguna manera encontraré una forma de enseñarte.

Durante muchas semanas, el misionero Peal le leyó pacientemente las lecciones a Tiyes, pero al



muchacho le costaba aprender en esa forma.

-Si tan sólo pudiéramos conseguir algunos libros en Braille -suspiraba repetidamente el misionero.

Un día durante el culto, Tiyes ofreció una oración especial: "le ruego, querido Jesús, que si es tu voluntad, le envíes al misionero Peal algunos libros en Braille".

¡Mediante Jesús, nada es imposible! De pronto en una escuela sabática del continente americano, algunos niños y niñas de la misma edad de Tiyes decidieron reunir dinero para comprar libros en Braille. Cuando los compraron, algunos de ellos fueron mandados a la India, donde el misionero Peal tenía su escuela.

Cuando llegaron, Tiyes se regocijó. Entonces le contó al misionero Peal que él había orado por los libros.

- ¡Jesús ha contestado mi oración! -exclamó.

Y el misionero Peal pensaba lo mismo. Les habló a todos los aldeanos acerca de los libros en Braille e invitó a todos los niños y las niñas ciegas a que vinieran a la escuela de la misión.

Tiyes se quedó en la escuela de la misión hasta que fue un joven. Después de eso salió para ir de aldea en aldea en la India, cantando y orando, y hablando a la gente acerca de Señor Jesús. Les contó también cómo Jesús lo había ayudado a ir a la escuela de la misión y había contestado su oración en la cual le pidió los libros en Braille.

Tiyes nunca recibió salario por su trabajo. No quiso recibirlo. "Estoy trabajando para Jesús -dijo-. El me ha ayudado mucho, y algún día, en la tierra nueva, me ayudará más aún dándome la vista. Entonces podré ver a Jesús y a todos mis amigos". Y su rostro brillaba de gozo mientras lo decía.

TODO LO HONESTO

Por OLIVER L. STIMPSON

Propósito del programa: Ayudar a nuestros niños a comprender la importancia de la más estricta honradez.

Himnos: "La belleza de Cristo", Melodías de victoria, No. 147. "Fiel yo seré", Id., No. 24.

Lectura bíblica: Prov. 15:3; Rom. 12:17; 1 Tes. 4:11; 2 Cor. 13:7; Fil. 4:8

PLANES PARA EL PROGRAMA Elijase a cinco menores para la lectura bíblica. En un pedazo de cartulina de aproximadamente 10 x 25 cm escríbase Sr. Casi Honrado. En otro del mismo tamaño, escríbase: Srta.

Medio Engañosa. Estos carteles se pueden fijar, respectivamente, en el pecho de un varón y de una niña.

Para ello hay que elegir a dos buenos lectores, que deben pasar delante para leer. Al final de la reunión, dése a los menores la oportunidad de comentar y observar el programa, y hasta de confesar que han caído en algunas de las prácticas censurables que se mencionaron.

INTRODUCCION DEL TEMA

Supongamos que mañana temprano encontremos que todos los vendedores de diarios gritan: "¡Extra! ¡Extra! ¡Se han abolido todas las leyes contra el robo! ¡No existen más códigos en este país!"

¿Qué sucedería entonces? Con tanta gente en nuestro país, se notaría inmediatamente un gran cambio.

¿Cómo les parece que sería la vida en un lugar donde las leyes no prohibieran el robo, el engaño y otras prácticas basadas en la falta de honradez?

¿Se sentirían Uds. felices? ¿Quisieran vivir en un lugar semejante? Tratemos ahora de imaginar qué sucedería.

A las pocas horas de darse esa noticia, alguno de Uds. resolvería salir en bicicleta. Pero pronto encontraría a una muchacha más grande que gustase de la bicicleta. Puesto que nada le prohibiría robar, se la quitaría.

Imaginemos ahora que el mismo menor fuera a la tienda para comprar alimentos. Lo encontraría vacío.

Varios centenares de personas se habrían amontonado en el comercio y lo habrían vaciado por completo.

Por lo tanto, nuestro menor tendría que hacer sus compras de alguno de los ladrones. Buscaría entonces su cartera con el dinero. Pero ¿qué sería lo más fácil de esperar? Sí, que también se la habrían robado.

¿Con qué se encontraría nuestro compañero imaginario al llegar a su casa? Que no la tendría más, porque una familia más numerosa y con miembros físicamente mucho más fuertes la habría ocupado. La única ropa que el pobre niño tendría sería la que llevase puesta.

De esa manera se quedaría sin dinero, sin alimento, sin hogar, sin bicicleta, sin juguetes. Si sus padres, en este intento de salvar sus posesiones, hubieran sido heridos por el populacho, el hijo querría llevarlos al hospital. ¿Pero qué encontraría también allá? Que el hospital estaría vacío. Todos los muebles habrían desaparecido, y los médicos y las enfermeras habrían huido a sus casas para proteger sus propias pertenencias.

¿Cómo se sentirían Uds.? ¿Les parece ahora que debe haber leyes contra el robo y la falta de honradez?

¿Cuántos consideran que son buenas las leyes? (Pedir que levanten la mano.) ¿Deben guardarse las leyes?

¿Debemos guardarlas?

Ahora bien, para que esas leyes sean eficaces, debe haber una autoridad que exija su obediencia, puesto que hay muchos que se proponen quebrantarlas. Se necesitan, entonces, policías y cárceles, que sólo no temen quienes acatan las leyes. Probablemente alguno de Uds. esté pensando de la siguiente manera: "Yo jamás asaltaría un banco, robaría un automóvil, ni tomaría una moneda que no me perteneciese. Esto no es para mí". Pero, ¡esperen un momento!

TODO LO HONESTO... Sólo una pequeña falta de honradez (Entra el señor casi honrado)

Bien, soy el Sr. Casi Honrado. Después de todo, lo realmente importante son las cosas grandes. ¿Por qué preocuparse de las pequeñas? Pero tengo algunos hechos que revelarles, y Uds. serán los jueces.

El cuero es muy caro, así que el zapatero pone un poco de cartón debajo de la suela de los zapatos que les vende. Al fin de cuentas, el cartón es tan bonito como el cuero. De esta manera puede economizar bastante, y ganar más.

El lechero no ordeña suficiente, de manera que añade un poco de agua a la leche, y así obtiene más por su trabajo .. , por lo menos por un tiempo.

El constructor que está edificando la casa se da cuenta de que el cemento es muy caro, por lo tanto pone más arena en la mezcla. De ese modo podrá enriquecerse más pronto. Pero a los pocos meses sus casas comienzan a rajarse.

El farmacéutico recibe una receta que necesita drogas muy costosas. Se le ocurre una idea: la aspirina es mucho más barata. Después de todo, él puede cubrir las pastillas de aspirinas con una capa de azúcar, de lo cual muy pocas personas se darán cuenta. El también ha descubierto así una manera de ganar mucho dinero.

La enfermera que está de turno por la noche tiene que trabajar mucho porque hay pacientes muy enfermos. Por lo tanto, se ingenia una manera de descansar. Les da a los pacientes una pastilla para dormir y desciende a la oficina para leer su libro favorito.

El tendero de la esquina ajusta sus balanzas de tal manera que sus "kilos" solamente tengan 950 gr. Aquello es tan poco, razona él, y sin embargo le proporcionará mucho beneficio al fin del mes.

Todas estas cosas me parecen bien, porque soy el Sr. Casi Honrado, pero noto por la manera como me miran Uds. que no están de acuerdo conmigo .. Lo que pasa es que Jesús les enseña que deben ser justos y honrados en todo lo que hacen. Por tanto, entre Uds. no hay lugar para mí. (Se va)

LA SRTA. MEDIO ENGAÑOSA

(La Srta. Medio engañosa entra en este momento.)

Soy la Srta. Medio Engañosa. Estoy de acuerdo en que no está bien ser falto de honradez, pero ¿qué hay de malo en alguna que otra mentirita? Veamos.

Alguien encuentra, por ejemplo, un libro con las respuestas para las pruebas escritas de la escuela. Al fin y al cabo, eso no le ayuda mucho porque sabe todas las respuestas. ¿Es verdad que las sabe? Otro puede simplemente mirar la prueba escrita de su compañero que sabe más. Si no lo descubren ¿qué mal hay en ello?

Primero, consideremos el caso de! mu chacho que copia las respuestas de aritmética del libro de respuestas. El no aprende en realidad cómo resolver los problemas, que al fin del año aparecerán de nuevo en el examen final. Aunque copió antes, no podrá copiar entonces. El libro de respuestas no tiene las soluciones para e! problema del examen, y aun cuando las tuviera, no lo tiene consigo en el aula donde rinde el examen. ¿Qué sucede? ¡Fracasa en el examen final!

En e! caso de que a pesar de eso, pase al curso siguiente, pronto se dará cuenta de que para entender los problemas más avanzados necesitaba haber comprendido bien los del año anterior. ¡Pobre estudiante! Se sienta y mira con pena cómo sus compañeros siguen adelante. ¿Qué le ha sucedido? Simplemente engañó un poquito. ¿Quién en realidad fue engañado? El se engañó a sí mismo. Pero no se preocupen; está bien engañar solamente un poquito, si uno desea ser infeliz.

Ahora comentemos un poco acerca de la alumna que miró el papel de su compañera. Nadie se dio cuenta de ello, pero he aquí el resto de la historia. El profesor se dio cuenta que dos alumnas, que se sentaban juntas, se equivocaron en las mismas preguntas. Aquello le llamó mucho la atención y, aplicando métodos muy familiares para los maestros, descubrió quién había copiado. Ahora dos personas estaban enteradas del engaño de la alumna: la alumna misma y el profesor. La estudiante que había copiado sacó, por lo tanto, muy mala nota, y eso llamó la atención de su madre. Esta habló con el profesor, quien tuvo que explicarle por qué su hija había sacado tan mala nota. A esta altura, tres personas se habían enterado de la falta de honradez de la estudiante. Lo que sucedió de allí en adelante es fácil de imaginar. ¿No es divertido engañar?

- ¿No les gusta - a Uds. también sentirse desgraciados? Pero me doy cuenta de que no soy muy bienvenida en este grupo. Tengo, por lo visto, que retirarme. (Se va)

LAS COSAS PEQUEÑAS

~ "Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos (Prov. 15:3). Nada, por pequeño e insignificante que parezca, escapa a la vista de Dios. Consideremos ahora algunas de las cosas pequeñas de la vida.

Cuando engañamos, en realidad estamos robando, porque nos apropiamos de algo que no nos pertenece. Cuando firmamos un examen que no hemos hecho, estamos mintiendo y robando. Y al engañar así, nos estamos defraudando a nosotros mismos, al privarnos de un conocimiento que más tarde necesitaremos. Alguien como el Sr. Casi honrado o la Srta. Medio Engañosa puede estar diciéndose: "¿Qué importancia

tiene eso? Se trata de una cosa pequeña". Imaginemos ahora una visita al consultorio del médico, para hablarle de estas cosas pequeñas. Supongamos que alguien le diga: "Dr., preocúpese de las cosas grandes, tales como fracturas y dolores de estómago, pero no pierda tiempo con las cosas pequeñas". . , El médico puede sentarse cómodamente en la silla, y comenzar diciendo algo como esto: "¿Recuerda aquella noche, hace varios meses, cuando tuve que ir de urgencia a verlo? A Ud. le preocupaba una de esas 'cosas grandes' que acaba de mencionar hace un momento. Tenía un intenso dolor de estómago. Pero, a fin de curarlo, debí preocuparme por algunas cosas muy pequeñas llamadas microbios. Tuve que darle medicinas para matar esos microbios insignificantes a fin de que Ud. se restableciese. Los microbios han matado a millones de personas. Nunca desprecie el poder de las cosas pequeñas, como son los microbios". Pensemos ahora en el caso de un niño que encuentra una moneda antiquísima de diez centavos. Se la compramos por quince centavos, porque le decimos que no vale más; pero la vendemos por un peso, y nos burlamos del compañero que ignoraba el valor de su moneda. ¿Somos honrados en todas las circunstancias?

Muy a menudo en el patio del recreo es donde demostramos lo que realmente somos. No se han sorprendido Uds. Alguna vez, al darse cuenta de que estaban engañando a sus compañeros a fin de ganar el juego? ¿Saben Uds. perder? No Interesa en realidad si se gana o se pierde, porque al fin y al cabo el juego se realiza por el entretenimiento que proporciona.

Los que ganan mediante la falta de honradez, cuando ganan, en realidad pierden'. Pierden ante todo el respeto ante si mismos, y el respeto de los demás, eso es una pérdida muy grande.

Guillermo tiene sarampión y el médico le dice que se quede en casa y en la cama. Pero después que sale, Guillermo aprovecha que su madre está muy ocupada y se va a Jugar a la pelota en la escuela porque después de todo no se siente muy mal.

Lo más probable es que Guillermo salga perdiendo. La imprudencia de exponerse. estando enfermo puede agravarlo muchísimo: pero, más que eso, contagiará con su enfermedad a muchos de sus compañeros. Mientras engañamos, también podemos estar contagiando a los demás con el mal que podríamos llamar "engañitis".

Un muchacho había arrancado centenares de kilos de uvas. Pasaron los años y no podía recordar los lugares en donde había trabajado, con excepción de uno solo. Aquella viña lo tenía obsesionado. No podía olvidarla, ¿Porqué? simplemente porque de allí había robado uvas.

Muchos hombres sabios y grandes están de acuerdo en que la honradez es el mejor principio en el cual fundar nuestra conducta. Bajo todas las circunstancias y en cada rincón de la tierra, esto es siempre verdadero. "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto..., en esto pensad".

TORMENTA REPENTINA

Mis amigos y yo nos subimos al teleférico, para ascender a una de las montañas de los Alpes alemanes. Era uno de los viajes más largos en teleférico que había hecho alguna vez, unos veinte minutos de viaje.

Mientras miraba hacia abajo, vi el pueblo que acabábamos de dejar cada vez más y más pequeño. Parecía como si las majestuosas montañas que lo rodeaban se lo hubieran tragado. Aunque las montañas se veían cubiertas de vegetación verde, había parches de nieve en algunas de las cumbres.

Cuando llegamos finalmente a la cima, el sol brillaba con fuerza. Saliendo del teleférico, admiramos el hermoso escenario. También, sacamos un montón de fotos. Repentinamente el tiempo cambió. El sol desapareció detrás de las nubes. El viento aumentó su fuerza, y comenzaron a caer algunas gotas de lluvia. Corrimos de vuelta hasta el edificio, listos para bajar.

-Lo lamento, el teleférico no funciona cuando hay tormenta -nos informo el operador.

Así que, tuvimos que quedarnos allí hasta que pasó la tormenta. Pero, estoy contenta porque nos hayamos quedado allí arriba, porque no me hubiese querido perder lo que vimos después. Cuando el sol asomó detrás de las nubes, un arco iris doble se extendió por el cielo debajo de nosotros. Realmente, estábamos parados por encima del arco iris.

Me pregunto cómo se sintió Noé cuando vio el primer arco iris. ¡Debió haber sido maravilloso! Y, para completar la escena, era una señal de Dios. Dios le dijo: "He colocado mi arco iris en las nubes, el cual servirá como señal de mi pacto con la tierra". "...Nunca más las aguas se convertirán en un diluvio para destruir a todos los mortales". ¡Qué promesa! Y el arco iris nos sigue recordando las palabras de Dios.

Narrado por: Keii Johnson

TOSTADO SE SANA

Por *Aileen Maxwell*

MARIA secó el último de los platos del desayuno y colgó el repasador en el momento en que el papá entró en la casa.

-Voy al cuadro de pastoreo más lejano para ver si Manchada ya tuvo a su potrillo.

¿Alguien quiere ir conmigo? -preguntó el papá haciendo una guiñada.

-¡Yo quiero ir, papá! ¡Yo quiero ir! -exclamó María dando saltos y palmadas.

-Esperen hasta que guarde estos platos y yo también iré -anunció la mamá.

Antes de mucho los tres llegaron al cuadro donde Manchada los recibió con un relincho de bienvenida. Y a sus pies yacía un hermoso potrillo palomino.

-¡Oh, papá! ¡Oh, mamá! -exclamó María-. ¿No es hermoso? ¡Qué color precioso! Llamémoslo Tostado. ¿Sí? -y María se arrodilló junto al potrillo y acunó su cabecita en sus brazos.

-Muy bien, Tostado se llamará -dijo sonriente el padre y se arrodilló también junto al potrillo y lo examinó cuidadosamente. De pronto se puso muy serio.

-Debemos llevarlo inmediatamente al veterinario -dijo volviéndose hacia la madre-.

Algo no anda bien. Ves, tiene un gran nudo en el vientre y no puede levantarse. Iré inmediatamente a buscar al veterinario. Mejor que tú y María esperen aquí.

De modo que el papá fue a buscar al veterinario, mientras María se quedó sentada en el suelo en silencio, acariciando el cuello de Tostado.

Cuando el papá volvió con el veterinario, Tostado todavía no había intentado ponerse de pie. El veterinario examinó al potrillo y María notó que sacudió la cabeza y miró muy serio al papá.

-Este potrillo tiene una hernia y hay que operarlo inmediatamente, pero quizás sea demasiado tarde.

María y la mamá regresaron a la casa mientras el papá quedó ayudando al veterinario. María esperó sentada en los escalones el regreso de su padre. Después de lo que parecieron horas vio que el papá llegaba a la casa en la camioneta.

-¿Cómo está Tostado? -le preguntó ella a su padre.

-Parece que sigue bien -respondió el papá entrando con María a la casa.

-¿Vas a dejar al potrillo en el potrero más alejado? -preguntó la madre cuando oyó cómo había salido la operación.

-Mañana tendremos que traer a Manchada y al potrillo al potrero que está más cerca de la casa porque tendremos que observar al potrillo. El veterinario tiene que darle inyecciones cada día para combatir la infección.

Al día siguiente el papá trajo a Manchada y al potrillo al potrero que quedaba junto a la casa. María quería jugar con Tostado, pero éste no sentía deseos de hacerlo. Tenía hinchadas las articulaciones de las patas; y cuando trataba de caminar, lo hacía con las patas tiesas. María y la mamá le frotaban las articulaciones hinchadas con linimentos; pero su condición empeoró, y pronto casi no pudo caminar.

--Temo que si Tostado no mejora, tendremos que matarlo. Así no está bien, y no queremos que sufra -dijo muy triste el papá.

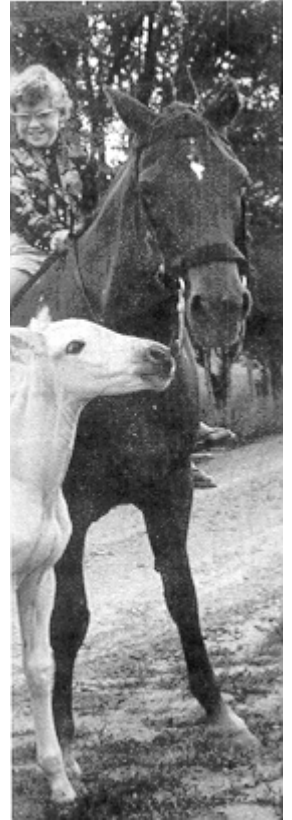
María estaba muy afligida. Al día siguiente fue al pueblo y se encontró con dos amigas, Julia y Bárbara Martín, y les contó lo que le ocurría a Tostado, y lloró un poco.

-Preguntemos a mamá si podemos ir a tu casa para ver a Tostado -dijo Julia, y fueron corriendo para buscar a la Sra. Martín.

-Sí, mañana pueden ir a la casa de María para ver a Tostado. Yo necesito ver a la mamá de María.

Al día siguiente María estaba esperando a sus amigas; y tan pronto como Julia y Bárbara descendieron del auto, las tres niñas corrieron para ver al potrillo. En ese momento Manchada lo estaba amamantando. Las niñas se acercaron y acariciaron el lomo del potrillo.

-No tengas miedo de que te patee -le dijo María a Julia que parecía temerosa de acercarse-. Sus pobres



patitas están tan tiesas que casi no puede levantarlas, y menos patear. Le gusta que se las frote con linimento.

Las niñas lo acariciaron y le hablaron suavemente. El potrillo parecía sentirse contento con la atención que le daban. Ni se molestó cuando María le puso la muñeca sobre el lomo.

Finalmente la Sra. llamó a las niñas. Era hora de regresar a la casa. Cuando subieron al automóvil para irse, la Sra. Martín dijo:

-Es el potrillo más manso que jamás he visto.

-Sí -concordó la mamá de María-. Es especial para María; pero a menos que se mejore antes de pocos días, temo que tendremos que matarlo.

Al día siguiente Julia y Bárbara regresaron para ver a Tostado. Después de acariciarlo y darle de comer avena, salieron rumbo a la casa. Manchada las siguió; ella quería más avena. Tostado relinchó.

Entonces siguió a su madre muy lentamente. Cuando el potrillo se estaba acercando a la madre, María los miró.

-¡Mamá! Mamá! ¡Ven en seguida! -llamó-. Tostado dio unas coces.

La mamá y la Sra. Martín salieron corriendo de la casa y vieron cómo Tostado coceaba nuevamente con sus patas traseras. No levantó mucho las patas, pero lo hizo, y aunque todavía estaba tieso, corrió un poquito.

-¡Mamá! ¿Se mejorará Tostado? -preguntó María.

La madre rodeó con su brazo a María y le dijo:

-El amor puede obrar maravillas, querida, y de veras que tú has cuidado a Tostado con amor y ternura.

Ahora debes dejar que Jesús haga el resto. Al ser pacientes y bondadosos con nuestros animales, comenzamos a entender un poquito el amor que Dios tiene por nosotros. Los animales dependen de nosotros para recibir cariño y cuidado en la misma forma en que nosotros dependemos de nuestro Padre celestial. Puede ser que eso es lo que quiere enseñarte Jesús por medio de Tostado, María.

-¡Yo sé que Jesús mejorará a Tostado! -exclamó María mirando a sus dos amigas.

Y en verdad que Jesús sanó a Tostado porque desde ese día en adelante fue mejorando hasta que estuvo completamente sano. Un día María y Julia montaron a Manchada para dar un paseo. Tostado trotaba al lado de su madre. Cuando Manchada se detenía, Tostado también se detenía y frotaba el morro contra ella como para decirle:

"Ahora soy un caballo grande". María se rió.

-Bárbara -llamó-, creo que Tostado quiere que alguien lo monte a él también.

Bárbara tomó su muñeca grande del cochecito de muñecas que estaba debajo del árbol y la puso sobre el lomo de Tostado.

Las niñas se rieron al ver que el potrillo parecía orgulloso de llevar también un jinete.

¡TRABAJO DE NIÑAS!

TOBIAS hizo un planeador con la hoja de papel que traía y lo lanzó al aire. Se elevó muy bien y el viento lo arrastró lejos. El muchacho se quedó mirándolo contento. Pero se había quedado sin papel y la escuela ya estaba cerrada. Siguió caminando por la acera con su hermanita Elena, cuando se acordó del avioncito que tenía en casa, y dijo:

- ¡Apúrate, Elena, hay muy buena brisa y mi avioncito está esperándome para que lo haga volar!

-Está bien, hombre -contestó la niña, procurando igualar su paso con el de su hermano.

Este quería aprovechar la brisa para jugar con el avioncito, pero cuando se acercó a la casa, se fijó en que la acera y el pórtico estaban sucios y llenos de papeles. No los había barrido en dos semanas. Confió, sin embargo, en que su mamá no lo hubiese notado.

Entraron corriendo a la cocina para saludar a su mamá, que estaba un poco fatigada, pues había estado lavando algunas ropas y estaba a punto de tenderlas. Cuando los niños llegaron, y después del saludo acostumbrado, la mamá les dijo:

-Me alegro que hayan venido temprano. ¿Quieres ayudarme a colgar esta ropa, Elena? No tardará en secarse, pues sopla una linda brisa.

Tobías quiso salir a hurtadillas de la cocina, pero la mamá lo detuvo con estas palabras:

-Tobías, ¿has notado la basura que hay en la acera y en el pórtico?

Esto le indicó al muchacho que ésa no sería la tarde para jugar con su avioncito. La mamá tenía razón. Mirando entonces la canasta que llevaba Elena, le pareció que contenía poca ropa, y dijo:

-A Elena siempre le toca hacer lo más fácil. El trabajo de las niñas es muy poca cosa.

-¿Cómo dijo el señor? ¿Crees que esto de colgar ropa es cosa fácil? Si quieres, cambiemos de trabajo -sugirió Elena.

- ¡De mil amores! Mamá, ¿podemos cambiar? -preguntó Tobías.

-¿Estás seguro que quieres hacerlo? ¿Sabes cómo se cuelga la ropa? -dijo su mamá.

-Sí, sí. Mira, mamá, yo te he visto a ti y a Elena colgar la ropa y es muy sencillo. Yo lo puedo hacer muy bien- contestó Tobías, sonriendo ante la incredulidad de su madre, mientras alzaba la canasta.

-Debes limpiar primero la cuerda; y no juntes la ropa blanca con la de color -le advirtió su mamá, pero él ya no la oía.

Tuvo que subirse a un cajón para alcanzar bien a las cuerdas y limpiarlas. Y mientras lo hacía pensaba: "Verán como termino en un santiamén. Esto es muy fácil."

Pronto estuvo tendiendo la ropa. Su camisa amarilla, su favorita para ir a la escuela, la colgó del cuello y los puños sujetándola con unas pinzas.

En verdad Tobías no dedicó mucho esfuerzo a limpiar las cuerdas porque le parecieron limpias. Sobre los hombros de la camisa colocó las medias.

Las blusas de Elena las puso bien extendidas, cerca de las corbatas, pero no juntas para evitar que se mancharan. Las toallas las puso una encima de la otra y las de la cocina las agarró ambas con la misma pinza.

-¡Qué fácil resultó esto! Y seguramente debo haber terminado antes que Elena -pensó el niño, y se fue disparando para el garage a reparar su avión, pues tenía la hélice rota. Pero al pasar frente a la cocina, oyó a su madre decir:

-Tobías, ¿me haces el favor de traerme tu camisa amarilla y las dos blusas de Elena? Tengo que secarlas con la plancha.

-Muy bien, mamá -dijo el niño, y salió corriendo hacia las cuerdas de la ropa. Cuando regresó y entró en la cocina, vió a su hermanita sentada muy tranquila en una silla, leyendo un libro.

-¿Por qué no fue Elena? -preguntó Tobías.

-Es parte de tu trabajo de hoy -le contestó la mamá-. Tendrás que traerme el resto de la ropa cuando ya se oculte el sol, pero ahora puedes jugar un rato.

El niño no se explicaba cómo se había ocultado el sol tan ligero. Apenas tuvo tiempo de empezar a reparar la hélice de su avioncito. Las toallas de la cocina estaban casi secas, pero todas arrugadas. Las toallas de baño estaban casi tan mojadas como cuando las tendió. La mamá se dió cuenta de esto y, sonriendo, tuvo que extenderlas en una cuerda del cuarto de baño. Ya estaba bastante oscuro dentro de la casa. La mamá le pidió a Tobias que llevara la camisa recién planchada a su cuarto. El no podía verla bien, pero la llevó y la colgó en su lugar.

A la mañana siguiente, cuando ya era tiempo de irse a la escuela, se detuvo a mirar su camisa.

-¡Qué cosa! -dijo, y la puso a un lado.

-No tienes que ponerte esa camisa hoy -dijo su mamá.

El niño examinó las manchas rojas y azules que tenía su camisa en los hombros y también los lunares negros que había en el cuello y los puños.

-¿Saldrán estas manchas de mi camisa, mamá?-preguntó.

-Lo dudo mucho. Anoche traté de quitarle las más oscuras de los puños y del cuello pero no fue posible. No entiendo cómo se hicieron, a menos que. .

Tobías interrumpió entonces a su madre, para explicarle.

-Yo sé qué pasó. Pero me la voy a poner y así me recordará siempre que el trabajo de las niñas es tan importante como el nuestro y que hay que saberlo hacer.

Al oír esto, la mamá le dió un abrazo y ambos se rieron. Mientras tanto Elena gritó desde la puerta:

-Ya es hora de irnos a la escuela. ¡Vamos!

TRAMPA PARA PECES

Tenemos comida solamente para una semana más -informo el cocinero.

Era un problema grande porque, sin comida, el Colegio Vailoa, un colegio de la iglesia en la isla de Samoa, tendría que cerrar sus puertas y enviar a los alumnos a sus hogares.

Los alumnos habían trabajado mucho plantando granos y hortalizas, pero pasarían varios meses antes de poder cosechar lo sembrado.

-Podríamos atrapar peces y venderlos -sugirió alguien.

Así que, construyeron una trampa y la colocaron junto al arrecife. Todos los días, alguien iba a revisar la trampa. Pero, hasta el momento no habían atrapado nada, ni un solo pez, aunque era la temporada de caballas.

Durante el culto, esa mañana, los alumnos y los profesores oraron a Dios. "Señor, tú conoces nuestra situación financiera. Por favor, ayúdanos". Ellos sabían que Dios, de alguna manera, podía ayudarlos a mantener la escuela en funcionamiento.

Más tarde, esa misma mañana, justo cuando las clases estaban por comenzar, uno de los profesores miro por la ventana. Sus ojos se agrandaron. Corrió afuera para ver mejor. Había barracudas que estaban persiguiendo a las caballas, desde aguas profundas, hacia el arrecife de aguas bajas... y hacia la trampa que habían colocado allí.

Todos corrieron hacia la playa. Rápidamente, se metieron en el agua y comenzaron a guiar a los peces hacia la trampa. Para ese momento, las barracudas habían dado la vuelta y se habían vuelto a aguas más profundas; pero, las caballas seguían allí. Tan pronto como los peces se metieron en la trampa, uno de los muchachos cerró la puerta.

Cierta vez, el salmista escribió: "Presta oído. Señor, a mi oración; atiende a la voz de mi clamor. En el día de mi angustia te invoco, porque tú me respondes". Dios respondió las oraciones de los alumnos y los profesores de Vailoa, y ese día del año 1957 atraparon un total de ¡2.008 peces!

Narrado por: Keii Johnson

TRATANDO A UN OSO EN CAUTIVERIO

Como resultado de vivir en cautiverio, los leones, tigres, osos y otros animales quedan con las uñas y los dientes en malas condiciones.

Esto afirma el Sr. Cari Hagenbeck, famoso domador de animales salvajes.

Uno de sus mayores tigres de bengala fue una vez acometido por un terrible dolor de muelas. Después de algunos días, la muela supuró. Entonces el Sr. Hagenbeck consiguió extraerla, pero cinco hombres fuertes tuvieron que asegurar al tigre y persuadirlo a abrir la boca. Cuando la muela saltó fuera, el tigre dio un rugido tan pavoroso que pareció derribar el pabellón.

El domador dijo que jamás había visto una criatura tan sensible e irritable como un tigre con dolor de muelas.

Cómo retirar aquellas garras encarnadas, era un problema. El Sr. Hagenbeck inventó diversos "lazos" y "chaquetas" para prender al oso, pero él era tan grande y feroz que nada lo detenía.

Finalmente el domador tuvo una idea, una estratagema. Ordenó que la jaula del oso fuera volcada de lado, de modo que las barras formasen el fondo. Con el auxilio de una cuerda, y otro equipo, la jaula fue suspendida a una altura de más de dos metros del suelo. Las cuatro patas del oso quedaron extendidas entre las barras. En esa posición lo amarraron fuertemente con cuerdas para que no se moviera ni levantara las patas.

Entonces el Sr. Hagenbeck comenzó a trabajar como un cirujano, debajo de la jaula, con el paciente encima de su cabeza. Eso era una excelente oportunidad para operar al animal; una por una, todas las garras encarnadas fueron retiradas. Realmente estaban tan infectadas que no fue necesario gran esfuerzo para retirarlas, pues estaban prácticamente sueltas. Aun así, las repetidas "censuras" hechas por el oso eran horripilantes. Terminada la operación, colocaron un recipiente de poca profundidad lleno de agua fría debajo de la jaula, para que el animal pisara dentro y así bajara la fiebre de sus patas. Aquel oso blanco se recuperó completamente.

TRES FUGITIVOS

(Primera parte)

Por **Alta Robinson**

SI ESA mañana los muchachos hubieran leído la historia de Jonás en el culto matutino, seguramente no se habrían escapado, pues habrían recordado que Jonás fue llevado de vuelta al punto de partida por un enorme pez, fue vomitado en la playa e inducido a comenzar su camino de nuevo.



El hecho es que esa tarde los tres se reunieron frente al dormitorio de varones de la escuela destinada a los hijos de los misioneros del Africa. Allí estaban, sentados en los escalones, hablando de las injusticias de que habían sido objeto durante los últimos días. Donaldo había tomado una resolución, y sus dos amigos, Enrique y Manuel, lo apoyaron. Más aún, se escaparían con él. Por un momento Donaldo vaciló aceptar el generoso ofrecimiento de los muchachos.

-Tú no debes acompañarme -le dijo a Manuel.

-Es demasiado lejos para que vayas solo, Donaldo. Yo te acompañaré- le aseguró Manuel.

-Pero tú vives en la dirección opuesta a la que vivimos Enrique y yo. ¿De qué te servirá todo eso?

-Bueno, los acompañaré hasta el recodo del Nakuru. De cualquier manera tengo tantos deseos de irme de aquí como tú. ¡Estoy harto de reglamentos! ¡Me iré aun cuando tenga que hacer el viaje solo!

¿Cómo podía Donaldo rebatir ese argumento? Enrique terció:

-Y recuerden que yo también voy.

Jonás se vio obligado a viajar solo y sin amigos. Pero ése no era el caso de Donaldo. Como no pudo hacer desistir a sus amigos de su propósito, Donaldo, con sus doce años, comenzó a trazar planes definidos, sin olvidar ni por un momento todas las injusticias de que había sido objeto.

-¿Cuándo nos iremos?

-Esta noche. ¡Esa profesora! Yo no la puedo ver más. Sólo porque yo tenía un cortaplumas, ella no tenía ningún derecho de culparme de que había rayado sus famosos sujetalibros de esteatita o jabón de sastre.

Y la mano de Donaldo se dirigió al bolsillo que ahora estaba vacío, en el cual había guardado su tesoro antes de que la indignada profesora se lo confiscara.

-Si yo hubiera querido tallar algo, no hubiera usado sus viejos sujetalibros. Pueden estar seguros de eso.

-Y tú no eras el único que tenía un cortaplumas -lo apoyó Enrique con simpatía-. ¿Por qué se enojó tanto cuando no pudo descubrir quién lo había hecho?

-Supongo que todos los maestros son así. Quieren saberlo todo. Y para colmo se fue al hogar y le hizo prometer a la Sra. Carey que nos pondría en dieta de hambre hasta que el culpable confesara.

Para Donaldo, cuya exuberante figura demostraba su aprecio por la buena comida, eso fue el colmo.

-¡Denme mi cortaplumas, y ya verán cómo le arreglo sus sujetalibros -explotó el muchacho-. (Su hambre lo había inducido a confesar su crimen, aunque nadie sabe hasta el día de hoy si realmente fue él el culpable.

-Me parece que al fin y al cabo estuvo bien que te echaras la culpa, porque así nos dieron de comer otra vez -afirmó Enrique-. Después de pasar dos días con espinaca, leche desnatada y pan sin mantequilla, hasta yo estaba listo para confesar cualquier cosa... ¡Sólo que tú me ganaste! -añadió Enrique tocándose el estómago que en ese momento estaba digiriendo un almuerzo completo.

Donaldo procuró ignorar modestamente su heroísmo, y pidió a sus amigos que lo ayudaran a hacer planes.

Y en verdad que era necesario hacerlos. Porque su escapada no consistía en salir a la calle y dar vuelta a la esquina. El hogar de Donaldo quedaba en Kamagambo, a unos 190 kilómetros de la escuela de Nairobi, donde los tres muchachos estaban internados. Enrique vivía en Ranen, 20 kilómetros más allá del lugar donde Donaldo se desviaría para ir a Kamagambo. Manuel, que era hijo de un agricultor de las altiplanicies, haría parte del camino con los otros dos, y luego se dirigiría hacia el norte, a Kitale.

Al principio los muchachos hablaron de viajar en tren. Pero llegaron a la conclusión de que, si ellos iban a comprar los billetes, podrían despertar alguna sospecha en el empleado de la estación, y habría la posibilidad de que éste llamara a la escuela por teléfono, indagara el asunto y se descubriera el complot. Además, cuando contaron el dinero que tenían, se dieron cuenta de que les alcanzaría sólo para dos estaciones. Y aún en el mejor de los casos, aun cuando pudieran llegar hasta la estación final, todavía les restarían más de 60 kilómetros para llegar a su casa.

La segunda posibilidad sería ir caminando.

-Demasiado peligroso -advirtió Donaldo-. En esta zona todo el mundo conoce a todo el mundo y querrán saber a dónde vamos y por qué.

-Además, nos llevará mucho tiempo recorrer esa distancia de más de 300 kilómetros -les recordó Enrique mirándose los pies-. Los zapatos no aguantarán; quizás moriremos de hambre...

-¡Morir de hambre! ¡No menciones esa palabra, por favor! -y a Donaldo se le ocurrió una gran idea-. ¡Ya lo sé! ¡En bicicleta!

-¡Bicicleta! La mía tiene varios rayos rotos, la de Enrique ha quedado trabada después del golpe y la tuya está en Kamagambo.

Pero Manuel fue interrumpido.

-Las bicicletas de las chicas. Las que están allá, contra la pared. ¡En ésas iremos!

-¿Robar las bicicletas de las chicas? Yo no -saltó Manuel.

-No las robaremos -explicó Donaldo-. Las llevaremos prestadas. En cuanto lleguemos a casa, las enviaremos de vuelta en el primer tren. Sus dueñas no lo tomarán a mal. Ellas simpatizan con nosotros. ¡Recuerda que ellas también estuvieron a dieta de hambre! Quizás hasta podríamos dejarles una nota... ¡No, las niñas no pueden guardar secretos! Les escribiremos una carta después de llegar a casa. ¡A casa! -y Donaldo, ensimismado, se quedó pensando en esa hermosa realidad.

Se trazaron los planes finales. Los muchachos decidieron seguir actuando como personas que hablan sido tratadas muy injustamente. Nadie sospechó el afiebrado plan que los absorbían ni tampoco se dio cuenta de las frecuentes miradas que echaban al reloj de la pared. A las nueve se retiraron a su cuarto, pero no para dormir. Ni siquiera se desvistieron. Cuando la Sra. Carey hizo su última recorrida, encontró a cada uno de los muchachos en su cama y les dio las buenas noches. Pronto se apagaron todas las

lucos y el hogar se sumió en el silencio de la noche.

Ninguno de los tres muchachos se había dado cuenta de que en ese momento la sublevación de los mau mau estaba en su apogeo, y que en esa región del África, cualquier persona que se aventura a salir a la carretera de noche, se exponía a que lo raptaran y lo torturaran. Y tres muchachos blancos, andando en bicicleta, constituirían un objetivo muy fácil para los infractores.

Después de un tiempo razonable, los muchachos se escurrieron por debajo de las frazadas, bajaron de la cama y buscaron a tientas los zapatos y unos envoltorios que habían preparado para llevar en el manubrio de sus bicicletas. Evitando pisar las tablas que rechinaban y mover las puertas que hacían ruido, salieron de puntillas al patio de atrás. Allí caminaron con cautela, porque los empleados africanos dormían en unos cuartitos que daban a ese patio. Sin experimentar ningún sobresalto de importancia, los aventureros eligieron las tres bicicletas más nuevas, montaron en ellas, recorrieron el camino de acceso y salieron a la calle, donde las luces de las esquinas formaban círculos blancos sobre el pavimento, haciendo más negra la oscuridad.

¿Miedo? Cuando Jonás ascendió por la pasarela del barco que lo llevaría a España, probablemente dio su primer respiro de alivio desde que recibiera la orden desagradable de: "Ve a Nínive". Descansando luego sobre cubierta, probablemente pensó: "¡Libre! ¡Libre para ir adonde quiera, para decir lo que quiera y para hacer lo que quiera!"

Y los tres muchachos que pedaleaban por la calle de Nairobi, también estaban libres. ¡O así lo pensaban! Si en ese momento Donald sintió algún temor, nunca lo habría admitido frente a Enrique; y si Manuel se imaginó ver en las sombras una hiena o un león agazapados, su hombría lo hizo callar. ¿Miedo? ¡No, tan sólo libertad!

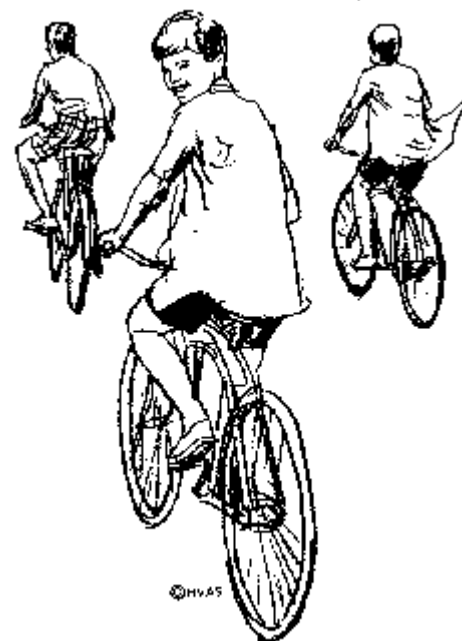
¡Al fin estaban libres!

TRES FUGITIVOS

(Conclusión)

Por **Alta Robinson**

AL DEJAR la ciudad los muchachos comenzaron a ascender por una cuesta muy larga. Apoyándose sobre el manubrio, pedalearon valientemente hasta quedar exhaustos. Luego descendieron de sus vehículos y continuaron a pie, empujando las bicicletas cuesta arriba. Estaban atravesando una región por la cual, durante ese período de inquietud política por el cual pasaba Kenia, muchos que viajaban en auto o en camión, no se atrevían a pasar de noche. Las aldeas de los kikuyu se veían ocasionalmente a través de los claros del bosque. Las fogatas humeantes de algunas de ellas, iluminaban las siluetas de sus chozas. Pero nadie hablaba de miedo. Ese era un tema prohibido. Eran muchachos valientes que huían de una situación intolerable.



Finalmente llegaron a la cima de la loma, jadeando. De allí en adelante la ruta seguía por varios kilómetros cuesta abajo, hasta llegar al fondo del gran valle Rift. Los muchachos descendieron por ese camino, y por fin llegaron al valle. Afortunadamente era de noche, porque en ese valle el calor se vuelve casi insoportable durante el día. Recorrieron el camino llano del valle sin admitir que sentían ningún temor. Su blanco era llegar a la casa.

Antes de comenzar el largo camino de subida que los sacaba del valle, Manuel propuso que descansaran. Apoyando sus bicicletas contra la esquina de una tienda africana, aparentemente abandonada, se sentaron en el piso de tierra del porche, frotándose los doloridos músculos de las piernas. Luego volvieron a emprender la marcha, deprisa. Cada vuelta de las ruedas y cada esfuerzo de sus piernas cansadas, los acercaban a su meta.

Y continuaron pedaleando durante toda esa larga noche. Ocasionalmente un tren de carga o un tren de pasajeros pasaba serpenteando por la vía que corría paralela a la carretera.

Los muchachos sabían que debían hacer el mayor tramo del camino durante la noche, porque cuando el sol se levantara sobre el cielo, el tránsito de la carretera y el calor intenso y húmedo del día los obligaría a aminorar la marcha. Quizás tuvieran que refugiarse durante algún tiempo en alguna de las alcantarillas que había debajo de la carretera. La proximidad del alba los hizo pensar de nuevo en Nairobi.

-¿Qué crees tú, Donaldo, que harán las muchachas cuando noten que les faltan las bicicletas? -se le ocurrió decir a Enrique. Tú sabes que dentro de unas horas las necesitarán para ir a su clase de ciencias domésticas, en la escuela de gobierno.

-No sé, pero me gustaría estar escondido detrás de algo para ver lo que hacen -respondió Donaldo. Muy divertidos por el chiste que habían hecho, los tres pedalearon alegremente, esperando ver de un momento a otro las primeras luces del alba.

La Sra. Carey, la fiel encargada del hogar, se levantó al amanecer. Como lo hacía todos los días, llamó al cocinero, al ayudante y al jardinero, y a cada uno le indicó su tarea. Luego, como las muchachas demoraban más para vestirse que los muchachos, despertó a aquéllas, primero. Después de un breve intervalo, se dirigió a la puerta del dormitorio de los muchachos. La abrió, y notó que había tres camas vacías. Su exclamación de sorpresa hizo despertar a los menores. Desde ese momento, lo que siempre había marchado en orden, se volvió un verdadero pandemonio.

-¿Quién falta? -preguntó el Sr. Carey.

-Donaldo, Enrique y Manuel. ¿Qué puede haberles ocurrido? -gimió su esposa. Volviéndose a los muchachos menores, les preguntó:- ¿Qué saben Uds. de esto?

-Nada, Sra. Carey -le dijeron, y la sorpresa que se reflejó en sus ojos sinceros, la convenció de que decían la verdad.

Una de las niñas entró corriendo. ¡Sra. Carey, yo salí y... y... faltan tres de nuestras bicicletas! ¡Cómo llegaremos esta mañana a la escuela?

Mientras tanto el Sr. Carey estaba sacando sus conclusiones.

-No se preocupen, yo las llevaré -dijo; pero para sus adentros reflexionó: "Faltan tres bicicletas y faltan tres muchachos. .. Estoy seguro de que eso tiene alguna relación". Luego añadió en voz alta, dirigiéndose a su esposa:

-¿Estaban esos muchachos disgustados ayer por algo?

-Hubo ese problema de los sujetalibros, pero no creo que por eso se les iba a ocurrir escaparse. . . ¿O se les ocurrió? -respondió ella-. Veamos si sus ropas han desaparecido.

La Sra. Carey comenzó a revisar todos los cajones. De pronto se detuvo. En la mano tenía la Biblia de Donaldo y sobre la Biblia habla un pedazo de papel arrancado de un cuaderno. En el papel había un mapa cuidadosamente trazado. Y en el mapa estaban todos los caminos que salían de la Escuela Preparatoria de Kamagambo.

-Tienes razón; se han escapado, y se olvidaron de llevar el mapa. ¿Qué haremos?

El Sr. y la Sra. Carey sentían una tremenda responsabilidad ante los padres ausentes del grupito de alumnos que tenían a su cuidado. Los otros niños, excitados, se agruparon en torno a los esposos Carey. Esta interrupción de la rutina debían saborearla plenamente. Además, les daría tema de conversación durante muchas semanas.

-Chicos, siéntense y el cocinero les traerá el desayuno. Después irán a la escuela. A las niñas las llevaré a su clase en mi automóvil. Luego pueden regresar juntas, caminando. Después yo tomaré este mapita y saldré en busca de los fugitivos. Y ahora... saquemos orden del caos.

Y el Sr. Carey dio el ejemplo. Se sentó a la cabecera de la larga mesa y abrió la Biblia para celebrar el culto matutino.

El Sr. Carey actuó de acuerdo con su plan. Mientras iba por la carretera, pensaba en los tres muchachos, en su primera rebelión y en su incapacidad de hacer frente al primer inconveniente que se les había presentado. No estaba enojado, sino que le pedía a Dios que le concediera sabiduría para ayudar a los tres muchachos a encarar valientemente la vida. ¡Ellos pensaban que eran muy valientes al escaparse! El debía mostrarles que en realidad eran cobardes. ¡Precisamente como lo fue Jonás!

A la mitad de la mañana, atisbando a la distancia, el hombre vio tres motitas en lontananza. Aun tratándose de bicicletas, parecían moverse muy lentamente. ¿Serían? ¡Sí!

Al acercarse vio tres sudorosos muchachos, con la cara enrojecida. Debajo del ala gris de la gorra que llevaban, aparecían sus rostros sudorosos. Los pantalones cortos color caqui, dejaban ver las piernas quemadas del sol. Pero a pesar de haber cubierto casi 150 kilómetros, esas piernas seguían pedaleando virilmente. Como miraban hacia adelante, Donaldo, y sus dos amigos no reconocieron al conductor del automóvil que los acompañaba.

El Sr. Carey los pasó, luego aminoró la marcha y por fin se detuvo. Abriendo la puerta, salió y quedó

parado, con los brazos cruzados, mirando al trío que se acercaba. De pronto, reconociendo al hombre que estaba en la carretera, los tres muchachos sencillamente bajaron, casi podríamos decir, cayeron de sus bicicletas, y luego quedaron inmóviles, mirando al suelo.

-Bueno, muchachos, ¿llamaremos a esto el final del viaje? -preguntó el Sr. Carey en forma placentera. Ninguno respondió-. Vengan, ayúdenme a cargar las bicicletas en la parte trasera del carro, y luego emprendemos el camino de regreso -les pidió.

Los muchachos cooperaron en silencio y después subieron lentamente al automóvil.

-La Sra. Carey mandó unos refrescos para Uds. ¿Han comido o bebido algo desde que salieron anoche?

-Sí. Paramos de vez en cuando, pero tenemos mucha sed -confesó Manuel. Los muchachos bebieron y luego Donaldó completó la sentencia-: Y hambre.

-Para comida, tendrán que esperar hasta que volvamos a casa -fue la respuesta. Y el automóvil, cargado ahora, dio media vuelta, y emprendió el camino de regreso.

Naturalmente, se administró un castigo. Tenía que ser así. ¿Lo tuvo Jonás? Por cierto que sí. No fue nada divertido pasar tres días en el estómago de un gran pez. Pero finalmente todos los fugitivos regresaron al lugar donde Dios quería que estuvieran. Todos aprendieron la lección al recorrer la dolorosa vía de la experiencia: Donaldó, Manuel, Enrique... y Jonás hace muchos, muchos años.